

AÑO IV.—NUM. 169

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 21 de julio de 1932



Ayuntamiento de Madrid

EN LA SELVA CIVILIZADA.—Una terraza

Narraciones Ejemplares



Las espigas secas y renegridas, doblaban sus tallos hacia el suelo en un amago de vencimiento; la tierra agrietada, abría sus llagas cual bocas sedientas. El aspecto de la campiña era desolador; el campo se moría. Se moría de sed.

Jamás los vecinos del humilde pueblecito habían presenciado una sequía tal. Nadie, ni los más viejos, ni el tío Juanón que contaba casi el siglo, recordaba que hubiese transcurrido tanto tiempo sin llover. Y los pobres seres gemían consternados, al ver cómo la cosecha, su única riqueza, se perdía con el

fruto ya granado. El fantasma del hambre y la ruina parecía afilar sus garras de fiera sobre los desventurados habitantes del lugar. Por eso fué acogida con entusiasmo la proposición del señor cura. Aquella tarde sacarian las imágenes en rogativa; y cuando llegó la tarde, la procesión fué desfilando lenta y solemne por los campos sedientos, entre el aletear de los pañuelos, los velos de las mujeres y el murmullo leve de las imploraciones: ¡Agua, Virgen bendita! ¡Agua, Cristo Santo! ¡Vuelve a nosotros tus ojos, Virgen María! ¡Ampáranos, amado Dios! ¡No

ves nuestros campos que se mueren de sed?

De pronto, entre las filas hubo un revuelo de ansiedad; marchando a campo traviesa, acercándose hacia el gentío, un hombre avanzaba, hosco el semblante, revueltos los cabellos y las manos crispadas sobre una escopeta de dos cañones, prestaban un extraño aspecto al personaje, mezcla miedo y compasión.

—¡Es Juancho!—dijeron algunos—. ¡Es el único que no ha querido salir en rogativa! ¿A qué vendrá?

Y todas las miradas convergieron en el



hombre que apoyado en su escopeta, se había detenido a unos pasos de la procesión. Y su voz áspera y ruda, se elevó en la calma grandiosa con trémolos de ira y de soberbia.

—¿A dónde vais, papanatas? ¿Qué esperaréis con vuestros cánticos y rezos? ¿Que Dios os oiga? ¡Imbéciles! ¡Dios no existe, que si existiera y fuese como decís, no toleraría que nos muriésemos de hambre! ¡Suplicar! ¡Rogar! ¡Ya veis cómo llueve! ¡Ya lo veis! ¡Mirad, mirad el caso que os hace ese Dios!

El anciano sacerdote avanzó hacia el per-

juro. Aun sin querer, las manos del santo varón temblaban de ira.

—¡Calla, insensato! ¡Calla, desventurado! ¡No ofendas más al que murió por ti!

—¡Callad vosotros!—rugió Juancho con voz recia—. ¡Callad vosotros, que teméis y tembláis. Yo no le temo a Dios. ¡Porque no existe! Y si existiera... ¡mirad lo que haría con él!

Y rápidamente alzó la escopeta, y dirigiéndose hacia el cielo, disparó la doble carga, brillándole en las pupilas un siniestro destello. La multitud se movió horrorizada, y de los

grupos salieron voces de piedad, de amenaza. Juancho, erguido, terrible, no había retrocedido un paso.

Y, de pronto, el sol se fué cubriendo de negros nubarrones, y la lluvia comenzó a caer blanda, suavemente, como una bendición. ¡Llovía! ¡Llovía! Y Juancho entonces, alzó la voz más potente aún:

—¡Ya veis cómo se adelanta más! ¡Llueve! ¡Llueve, pero no por vosotros! ¡Mirad el agua! ¡Mirad cómo cae! ¡Voy a ver mis campos! ¡Voy a ver mis tierras regadas, al fin!



Y el insensato echó a correr a campo traviesa. Muchos le siguieron, dispuestos a impedirle cualquier otra atrocidad. A medida que avanzaban, la lluvia aumentaba en intensidad. Los hombres iban calados, pero, ¡qué importaba si las espigas se erguían arrogantes, e iban tomando un hermoso color! Al fin, Juancho llegó a sus tierras, y todos le vieron avanzar entre ellas, tambaleándose, abiertos los brazos, tropezando, casi cayendo.

—¡Juancho! ¡Juancho! ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?—gritaron—. ¡Espera!

Y las sencillas gentes acudieron solícitas en

su ayuda. Mas, al trasponer las lindes de las tierras de Juancho, retrocedieron aterradas. En las tierras del perjurio no había caído una sola gota de agua. Y, sin embargo, continuaba lloviendo torrencialmente, pero en la lina de aquellas tierras no caía una sola gota.

—¡Milagro! ¡Milagro!—clamaron cien voces.

Y en seguida corrieron a socorrer al perjurio, que al fin cayera desplomado contra un árbol. Brazos piadosos le alzaron. Y Juancho lloraba, Juancho lloraba con sollozos desgarradores de intensa amargura. ¡Pobre Juan-

cho, ignorante y brutal! Y la voz entrecortada del desgraciado se alzó, rota por un hipar amargo.

—¡Señor, Señor! ¡Perdóname! ¿Qué sabía yo lo que hacía? ¡Y no tengo la culpa, Señor! ¡Nadie me enseñó a amarte! ¡Perdón, Señor, perdón!

Y, de pronto, la lluvia pareció avanzar, deslizarse, correr, y el agua deseada bañó las tierras del arrepentido. Y el pobre Juancho, arrodillándose trémulo, besó la tierra humedecida, que estuvo a punto de secar su horrible maldición.

Manuel B. BENGIOA

DE UN PAN HACE UNA SERPIENTE Y DA UN SUSTO A LA SIRVIENTE





La huella de El Tigre

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA "Jeromin" POR MANUEL G. BENGOA



CAPITULO V

¡Prisioneros!

Los bandidos, una vez realizado su siniestro complot, se retiraron a unos 20 metros de la casa para recrearse en su obra satánica. No tardaron en aparecer los dos jóvenes, que, comentando los sucesos de las últimas horas, desmontaron a la puerta del rancho, entrando luego en él. "No se ve nada"—exclamó Amparo. Roberto encendió una cerilla y la acercó al velón sin sospechar que el aparato de luz era una máquina infernal. Ya aproximaba nuestro amigo la llama a la torcida de aceite, cuando de pronto una mano apareció en la ventana, y, apoderándose del artefacto, lo



lanzó con fuerza hacia el campo. Al instante resonó una explosión espantosa. Los dos amigos se miraron y palidecieron. Habían comprendido el horrible crimen, y el peligro tremendo de que providencialmente se habían librado.

—"El Tigre" ha sido quien arrojó el velón—dijo Amparo—. Yo lo vi.

—Siempre ese hombre ha de aparecer en el preciso momento—repuso Roberto—. ¿Por qué nos protegerá de manera tan decidida?

—No pensemos en ello—exclamó Amparo—. El caso es que su ayuda nos ha salvado ya por dos veces de una muerte cierta. Examinemos ahora la mitad del plano. Hemos de acelerar nuestras pesquisas, pues nuestros enemigos son muy poderosos.

Roberto y Amparo a la luz de una vela que encontraron, comenzaron a examinar detenidamente la mitad del pergamino, arrancado de las manos del difunto Lefter. Tan abstraídos estaban, que no se apercibieron de que la puerta del rancho se abría para dar paso a una docena de bandidos capitaneados por el feroz Pin. Una manta cayó sobre sus cabezas y veinte brazos vigorosos les apresaron, pero, a pesar de todo, Roberto pudo empuñar su revólver y dos de los asesinos rodaron heridos. Austin le descargó un culatazo y el joven cayó sin

conocimiento. Amparito luchaba desesperadamente, mas, al fin, fué vencida por el número de sus agresores. Los dos jóvenes estaban poco después atados de pies y manos.

—Llevarlos a la casa del chino y que él se encargue de ellos—exclamó Austin. La orden fué ejecutada rápida y silenciosamente, y una hora después, nuestros amigos comprobaron que los bandidos se detenían ante un caserón de mal aspecto. Pin sacó un silbato con el que emitió un sonido característico. Desde el interior de la vivienda le respondieron con otros tres silbidos análogos, y una parte del suelo se hundió, dejando una abertura.

Los malhechores se introdujeron por la trampa, arrastrando a los jóvenes. Al fin se detuvieron en una habitación de paredes de tierra, iluminada por un tragaluz de cristal opaco. Pin habló al oído de un chino de repugnante catadura, que sonrió ferozmente. El chino, ayudado por los bandidos, ató a los jóvenes espalda contra espalda, amarrándolos a unas estacas clavadas en el piso; luego todos salieron.

Roberto y Amparo quedaron solos. De pronto la muchacha lanzó un grito de horror:

—¡Mira!—exclamó—.

Roberto alzó la vista y un escalofrío recorrió su cuerpo. El techo de la estancia descendía lentamente; además estaba todo él sembrado de puntas agudísimas como puñales. Uniendo sus fuerzas hicieron un esfuerzo desesperado, pero fué inútil. No podían escapar; y el techo de la habitación continuaba descendiendo. Los dos prisioneros inclinaron la cabeza; las puntas afiladas hirieron sus carnes, haciendo brotar la sangre. Estaban perdidos, perdidos sin remedio.

FIN DEL CAPITULO QUINTO

En el próximo número continuaremos la publicación de estas maravillosas aventuras.

PARECIDO.—¿En qué se parece un seminario a una clínica?

—En que se hacen curas.

Vicente Ferrer Gotarredona, (Ibiza.)

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un torero?

—Torear con una capa de aire.

José de Lucas, (San Martín de Pusa.)

CHISTE.—¿Qué tienes, Ramón?

—Creo que la gripe...

—Pues es una enfermedad muy mala, se suele quedar uno imbécil.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por que la he tenido.

Sebastián Moreno, (Ciudad Rodrigo.)

1° Bien E Du K NOTA so
Xta Δ pa 100 cia NOTA D
Biluda D D SU A NOTA GO y
moles TIA que puedan
OK NOTA onarle Δ-° b
+ y travesuras. En
NOTA darse y NOTA charar
con + SLO mo 2 ta LE LE
bro + y mo LE tias. :co
lokrse WION A mo nivel
D LO ma LO E Du K que
NOTA dan. G ro NOTA n.

Solución a la carta anterior

En primer lugar, un niño bien educado jamás trata de imponer su voluntad y caprichos por la violencia y, si se trata de personas mayores, acepta siempre con gusto, las indicaciones que recibas.

JEROMIN

PARECIDO.—¿En qué se parece una montaña a un callo?

—En que tienen cresta.

Manuel González, (Peñarroya-Pueblonuevo.)

COLMO.—¿Cuál es el colmo de una cocinera?

—Tapar la cazuela con la tapa de los sesos.

Feliciano Mendez, (Ciudad Rodrigo.)

CHISTE.—Oye, Luis, ¿a ver si sabes cuál es el hombre que insulta más al sol?

—No lo sé.

—Pues el pianista, porque dice sol-feo.

Gaspar Murillo, (Fuenteovejuna.)

CHISTE.—¿Por qué siempre juegas con el gato?

—Porque me gusta jugar con los animales.

—Pues juega conmigo.

Juanita Moll, (Madrid.)

CHISTE.—¿A que no sabes quién es el valiente que lleva un pueblo en la cabeza?

—El que se peina a la raya, porque lleva La Raya.

Pedro Martínez M., (La Raya.)



LOS LADRONES Y EL GALLO

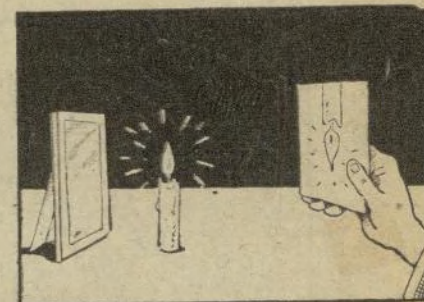
FABULA

Entraron unos ladrones en una casa de campo, y, no hallando otra cosa que robar, sino un gallo, se lo llevaron; pero él les dijo que debían devolverle la libertad, en atención a ser útil al hombre, que le anuncia la proximidad del día, y, por consiguiente, la hora de levantarse. A tan fundadas razones respondieron los ladrones que ese era motivo bastante para matarlo, porque, despertando con su canto a los trabajadores, tenían ellos que esconderse y no podían seguir robando.

Lo que es bueno para el hombre honrado, es malo para el perverso.

ESOPO

Recreos científicos



En una habitación oscura, situando una bujía encendida a una distancia mayor que la del foco y menor que el doble de ésta, se puede obtener sobre un papel la imagen invertida de la bujía. Para que la imagen resulte bien definida, esto es, bien enfocada, se corre el papel, más o menos, hasta lograr la perfección máxima de la imagen.



Un hombre sentado

1.º Cortar ese cuadro en siete trozos, como indica el dibujo, y podréis ir formando las figuras que sucesivamente iremos publicando.

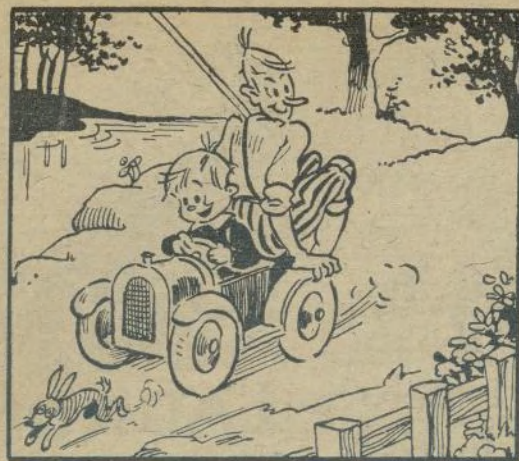


2.º Con las letras iniciales de las cosas dibujadas formar el nombre de un pueblo de Alicante. La solución del anterior es Gijón.

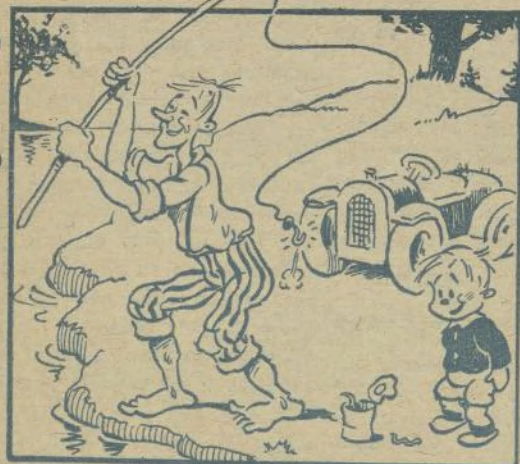


3.º Sombras chinescas. Un par de conejos.

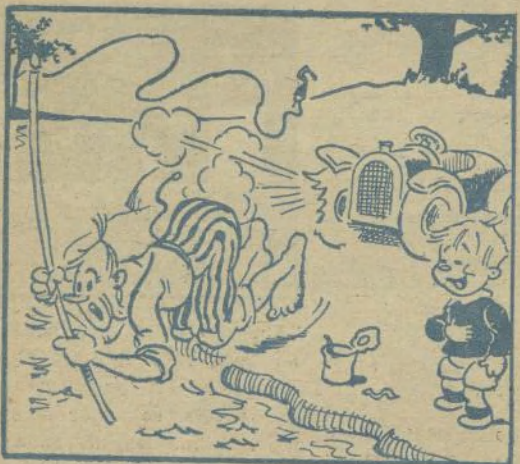
PROPAGA SIN DESCANSO A "JEROMIN"



—Ya llegamos al río, Cascarilla; verás qué bien pasamos el día pescando.



—Déjame a mí, nene, para que veas quién soy
yo tirando el anzuelo.



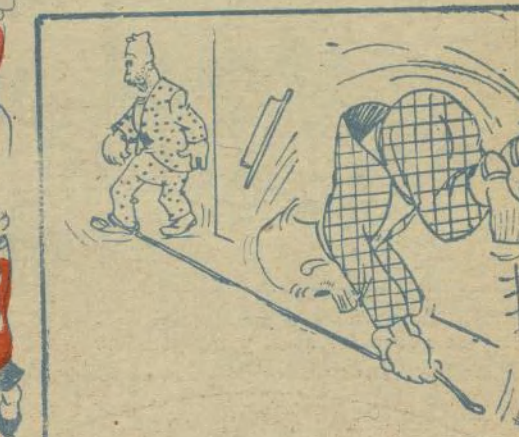
MIKI, MIAU Y MIAU



Aquí tenéis a Repollo que sigue obstinado en vengarse de Palanca. Ahora le quiere cazar a lazo.



Ya está gozando la juerga que va a comenzar cuando se enganche Palanca y se dé el porrazo.





AVENTURAS DE PIRACAS

PELICULA FELINO-CÓMICO-TRÁGICA POR CARLOS



GATITO



PAYASO



HERRAMIENTAS



GRAMÓFONO



NEGRITO



TAMBOR



BALÓN



DIABOLO



PLATILLOS



DADOS



208 Agobiado por el mal rato pasado, se quedó dormido al sol. Un mono observa-



209 ba su sueño y pensaba por qué tenía rabo igual que él, y con mucho cuidadito,



210 para que no despertara, le dió un tirón de él, para ver si es que era postizo. Pi-



MUÑECA



OSITO



TRUMPETA



AVIÓPLANO



CUBO



DELOTÓN



MUÑECO



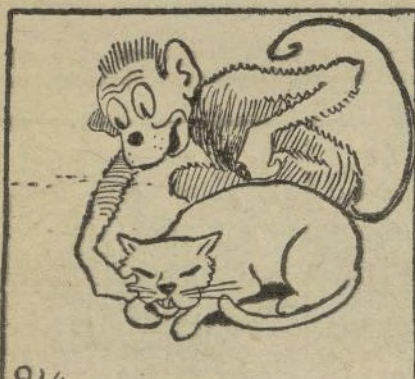
211 rracas despertó sobresaltado y no vió a nadie, pues el mono se había escondido



212 en la palmera. —Habré soñado con el cangrejo—se dijo, y volvió a echarse. El



213 mono volvió a bajar para observarle, y se fijó en los bigotes. Le dió un tirón-



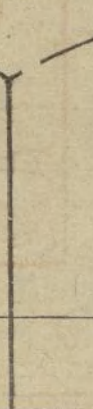
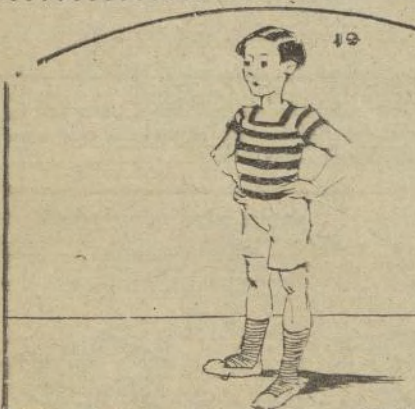
214 to de ellos, y volvió a esconderse. Despertó de nuevo Pirracas, y tampoco vió



215 a nadie. Pero ya "mosqueado" por aque-



216 llos tironcitos, se hizo el dormido y esperó. (Continuará)



OPATINETE



PATO



SOLDADITO

GIMNASIA SUECA O RACIONAL.—Movimiento del tronco. Estos movimientos ejercitan los músculos del dorso, de la pelvis, del muslo y los abdominales, dilatación de tórax. Primer tiempo, manos a las caderas; segundo, inclinar el tronco al frente, formando ángulo con la línea vertical (la cabeza y hombros hacia atrás); tercero, se vuelve a la primera posición. Este mismo movimiento se hace hacia atrás, pudiéndose hacer en tales posiciones rotaciones de cabeza.

LA PIPA DEBE SEGUIR LA FORMA DE LA NARIZ



LA OBRA PARA QUE SEA BUENA, HAY QUE HACERLA CON CARIDAD; ESTO ES, EN NOMBRE DE DIOS

Dibujantes y pintores

CHISTE



PASATIEMPOS

1.—Sociedad

K NOTA NEGACION

2.—Hombre franco

NOTA N O

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

1.—Novelas.
2.—Espantapájaros.

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un glotón?

—Comerse una tarta-muda.
Andrés Guerra. (Villaviciosa).

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un electricista?

—Arreglar la luz del Sol en días nublados.

Emilio Peña, (Peñarroya-Pueblo-nuevo).

PARECIDO.—¿En qué se parece una botica a un aviador?

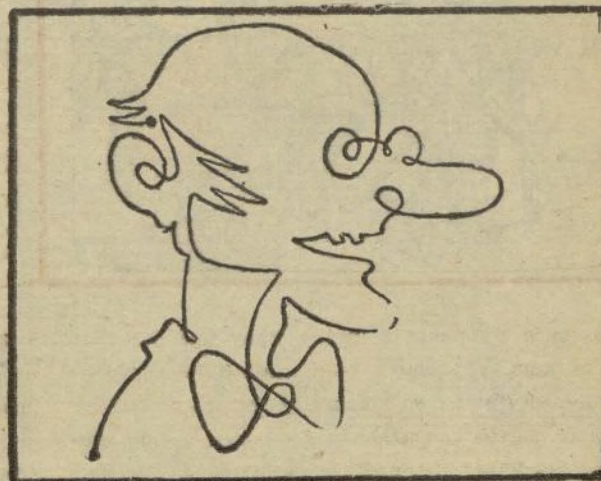
—En que la botica tiene medicinas para caídas y el aviador tiene paracaídas.

Fernando Valdivia, (Granada).



1.º Unid los puntos del 1 al 40 y os encontraréis con un bonito dibujo. 2.º A ver si sois capaces de copiar esa cabeza, pero ha de ser sin levantar el lápiz del papel.

RONCE-CABEZAS



EL QUE HACE POCO, PERO BIEN, HACE MAS QUE EL QUE HACE MUCHO, PERO MAL



LA RUTA DE TONY

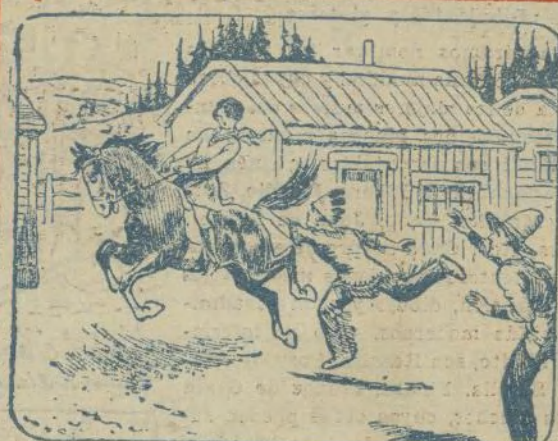
MOCIONANTES AVENTURAS EN EL PAIS DE LOS PIELES-ROJAS



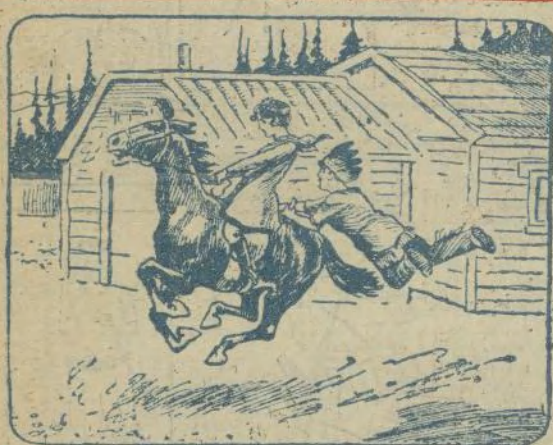
El camino era resbaladizo, y el jaco podía dar un paso en falso y arrojar violentamente a la joven en tierra. Pronto llegó adonde estaba Tony, que veía los esfuerzos que la niña hacía por dominar el corcel, tirando del rendaje, pero en vano. Cuando el poney estuvo a la distancia conveniente y



paso por su vera, Tony se lanzó a coger las riendas y creyó que asiéndose a ellas podría montar en él; corría con rapidez, pero más veloz iba el caballo que, al sentirle en pos de él, aumentó su impetuosa carrera. Tony dió un salto para coger las bridas, pero erró el golpe y murmuró: —No he



tenido éxito. Mas, recobrando el equilibrio, se lanzó en pos del corcel y maniobró con el fin de agarrarse al extremo de la silla. Dió un salto que casi le hizo caer, pero reponiéndose volvió a saltar, y cayó sobre las ancas del poney. —Muy bien—dijo Ted que le había seguido; procura asir las bridas.



Después de un segundo de vacilación, Tony se afirmó sobre el caballo y cogió las riendas. Dirigiéndose a la asustada niña, gritó: —¡Animo, afirmese lo que pueda, que pronto dominaré al jaco! Este comenzó una lucha terrible. Sintió el nuevo peso sobre sus espaldas, y un fuerte tirón del rendaje,



e indómito, procuró sujetar el bocado entre los dientes. —No lo lograrás—dijo Tony, empleando todo su poder en impedirlo—. Obrarias más cuerdamente rindiéndote Y, en efecto, éste demostró que él era el amo, y el caballo se amansó poco a poco. Tony, sujetando al poney con mano firme, saltó de



la grupa y ayudó a la niña a bajar de la silla, diciéndole: —Espero que no tendrá usted novedad. Esta, que estaba molida, esbozó una sonrisa y contestó: —Sí, gracias. Ted corrió al momento hacia ellos, al mismo tiempo que un señor bien portado salía de una casa sita al lado, y atravesando la



calle, miró fijamente a Ted y Tony que hablaban con la niña, y exclamó: —¡Stella! Esta se volvió rápidamente al oír su nombre, y con los brazos extendidos corrió al encuentro del recién venido, gritando: —¡Papá! —"Prince" se ha desbocado, y este



valiente niño le ha sujetado. Jin King, padre de la pequeña, se adelantó, puso una mano sobre el hombro de Tony, mientras tendía la otra a Ted. A la vez que les decía: —Pronto saldré hacia el Este con un carruaje de mercancías, y me parece



que ustedes son el tipo de compañeros que deseo como guías. —¿Aceptan esta comisión? —Sí, dijo Tony.

(Continuará.)